

HAZEM KANDIL

## ¿QUÉ EDAD DE ORO?\*

La revolución consiste en rechazar una realidad deprimente y buscar otra que no tenga nada que ver con ella. Cuanto más deseable nos parezca esa realidad alternativa más probable es que la persigamos. ¿Nos parecería más viable si ya hubiera existido? En ese caso, el celo revolucionario se nutre de dos de las pasiones humanas más intensas: soñar con un futuro mejor y anhelar la vuelta a un pasado glorioso. Desafortunadamente no todo movimiento ideológico tiene acceso a un mito inspirador. En Egipto, al igual que en el resto del mundo musulmán, los islamistas habían monopolizado la nostalgia. Cuando predicaban sobre el futuro, atraían a su audiencia con frecuentes alusiones a una época real, la del profeta Mahoma y los cuatro califas justos: una época de prosperidad, justicia y hegemonía. Muchos izquierdistas y nacionalistas, avergonzados por su contribución a las sociedades poscoloniales, no gozaban del mismo privilegio; tenían que admitir que su realidad ideal aún no había visto la luz. Los liberales salían incluso peor parados: su pasado era una desgracia. Lo que los egipcios sabían de las décadas anteriores al golpe de Estado de 1952 era lo que leían en los libros de texto. Creían que fue una época de degeneración moral y política, que la democracia era una vergüenza, que amos malvados azotaban a los campesinos y que las diferencias sociales eran enormes. Leían que gobernaba el país un soberano indolente e infantil, que vivía tranquilamente a la sombra del colonialismo británico.

Quien redimió por fin el pasado liberal de Egipto fue Alaa Al Aswany, un dentista convertido en novelista que había estudiado en Francia y aprendido odontología en Chicago. Su primera novela, *El edificio Yacobián*, publicada en árabe en 2002, hablaba de la nostalgia. Se convirtió en un éxito de ventas internacional, se tradujo a veintisiete lenguas y se rodó una película con algunas de las estrellas del momento. El edificio Yacobián, que aún existe, era un símbolo de la arquitectura europea decimonónica que llevaba seis décadas padeciendo las vulgaridades de la nueva clase de funcionarios y sus compinches. Ha pasado por las mismas vicisitudes que otros edificios del centro estilo parisino de El Cairo, remodelado en la década de 1860 por

---

\* Alaa Al Aswany, *On the State of Egypt. What Caused the Revolution*, Edimburgo, Canongate, 2011, 192 pp.

el gran occidentalizador, Khedive Ismael, que quería convertir su país en una «pieza de Europa» o, al menos, en un «compañero de viaje», importando algo de la grandeza arquitectónica europea. El protagonista de la novela también es una reliquia del pasado. Zaki Bey al Dessouki, un desgraciado residente del edificio más antiguo, el Yacobián, sufre continuamente por el esplendor perdido de su ciudad. En la escena más memorable de la novela vemos al protagonista describiendo a gritos el esplendor perdido de la vecindad en la Plaza Tahrir, la puerta de acceso al centro de la ciudad:

Aquí había un bar precioso, propiedad de un griego. Al lado había una peluquería y un restaurante y, más allá, una tienda de artículos de marroquinería, La Bursa Nova. Todos estos comercios estaban imolutos y en los escaparates había objetos importados de Londres y París [...]. ¡Observad lo maravillosa que es su arquitectura! Este edificio es una copia, hasta en el último detalle, de un edificio que tuve ocasión de contemplar en el Barrio Latino de París.

A Aswany le asombra que las tendencias occidentalizadoras de la era liberal no logran acabar con el patriotismo. El Zaki Bey de su novela suele quejarse con frecuencia a su joven compañera: «No logro entender a vuestra generación. En mis días, el amor a la patria era como la religión».

En los numerosos discursos de beodo que pronuncia Zaki Bey a lo largo de la novela surgen todos los elementos de esa época dorada, no tan lejana, descrita por los liberales. Una época en la que la sociedad egipcia era abierta y cosmopolita, cuando los amplios y elegantes bulevares de El Cairo, con sus árboles en hileras, estaban limpiísimos; cuando se decoraban las mansiones más glamurosas con estatuas griegas y columnas romanas y se colocaban blancas fuentes de mármol en sus suntuosos jardines; cuando florecían las artes y se toleraba la diversidad; cuando los intelectuales hablaban sin miedo de libertad e ilustración. Aunque todo aquello hubiera acabado bruscamente en julio de 1952, aplastado bajo las botas militares, Zaki Bey afirma que sigue latente, esperando a ser revivido por una nueva generación de jóvenes liberales. La novela de Aswany fue un arma potente, una forma de rehabilitar el pasado para poner en entredicho el presente. Supo captar muy bien la pasión de la nostalgia y hacía mucho hincapié en que, si no podíamos reclamar nuestra *belle époque*, era por razones políticas, no culturales. «Si hubiera una democracia real», se lamenta Zaki Bey, «Egipto sería una gran potencia».

No ha habido novela en la historia moderna de Egipto de la que se hayan vendido tantos ejemplares en tan poco tiempo. Se reimprimió más de treinta veces en menos de una década, y eso que se vendió exclusivamente gracias a que su éxito fue de boca en boca. Los libreros se dieron cuenta enseguida de que Aswany era un fenómeno, alguien capaz de volver a aportar ganancias al negocio editorial. Se hizo una gran película con un reparto estelar. La noche del estreno en el Teatro de la Ópera de El Cairo, a pocos metros del centro, fue especialmente deslumbrante. Acudieron todos los personajes importantes de la sociedad egipcia, entre ellos los

líderes del partido en el gobierno. El autor, en cambio, no había sido invitado –por una buena razón.

Los puntos de vista críticos de Aswany no constituían un problema *en sí*. Había líderes de la oposición que no se avergonzaban en absoluto de cenar regularmente con la elite en el poder. No se consideraba a Aswany persona *non grata* porque resultara ofensivo. Al contrario que otros novelistas, no era partidario de las críticas veladas y las parodias. Su dictador no iba disfrazado simbólicamente de patriarca, como el de la *Trilogía de El Cairo* de Naguib Mahfuz. Tampoco condenaba la represión aludiendo al Egipto de los mamelucos del siglo xvi, como hiciera Gamal al-Ghitani en *Zayni Barakat* a principios de la década de 1970. Aswany iba directamente al grano, sin la menor consideración. En su primera novela denunciaba a ministros del gobierno y funcionarios encargados de la seguridad, entre otros. En su segundo éxito editorial, *Chicago*, publicado en árabe en 2007 y representado en los teatros de París en el otoño de 2011, aparecía hacia el final el presidente Hosni Mubarak en persona, junto a los agentes de inteligencia y sus informantes. Ningún autor se había atrevido a tanto antes.

Aswany publicaba semanalmente sus opiniones disidentes en las columnas de los periódicos. *On the State of Egypt* es un buen ejemplo de lo anterior. Se trata de una recopilación de artículos escritos, casi todos, en los dos años anteriores a la revuelta de 2011. Se podría decir que narra los antecedentes de la revuelta, salpimentándolos con anécdotas y recuerdos de un gran pasado perdido. El libro se divide en tres partes y, en cada una de ellas, Aswany se muestra muy crítico con alguno de sus «enemigos públicos»: los políticos corruptos, los agentes de seguridad y, en este caso, también sus archienemigos culturales: los fundamentalistas religiosos.

En la primera parte del libro denuncia unos supuestos planes para traspasar el poder al hijo del presidente, haciendo hincapié en los defectos políticos y sociales del régimen y burlándose de los ministros hipócritas y otros sicofantes. A su enardecido lenguaje hay que añadir su entusiasta intento, en gran medida fútil, de galvanizar a los egipcios en torno a un potencial candidato a la presidencia, el diplomático liberal Mohamed el-Baradei, al que Aswany comparaba con los líderes históricos del partido liberal Wafd que había desatado la revolución de 1919 y consagrado el liberalismo egipcio en la Constitución de 1923. Aswany declaraba con orgullo que millones de egipcios habían llegado a considerar a el-Baradei «un símbolo de la esperanza en el cambio en todos los sentidos». Cuando una docena de partidarios acudieron a su llamada para cerrar filas en torno el antiguo director del Organismo Internacional de Energía Atómica, Aswany afirmó que era la prueba de que Egipto «había despertado». También esperaba que un frente político unido, liderado por los liberales de la Asociación Nacional para el Cambio de el-Baradei, obtuviera el apoyo de «cientos, miles, tal vez millones de egipcios». Una vez más, el pasado daba motivos a Aswany para creer que una sociedad oprimida durante sesenta años podría escorarse hacia la democracia liberal con relativa facilidad. Acusó a los que se atrevieron a suge-

rir que los egipcios no estaban preparados para una transición de este tipo de una «lamentable ignorancia de la historia egipcia». ¿Acaso no recordaban que, ya en 1866, cuando Khedive Ismael creó el primer Consejo Consultivo, Egipto fue un país democrático? ¿Cómo no veían la tendencia del país hacia una temprana modernización en el siglo XIX?

Sin embargo, los febriles intentos de este autor por dotar de cabeza y cuerpo a su liberalismo revolucionario no arrojaron los resultados deseados. Sin duda, los que lideraron el levantamiento popular de enero de 2011 eran los típicos lectores de Aswany: habitantes de las ciudades, jóvenes y liberales. También es verdad que, en la tan celebrada cultura de café del centro de la ciudad, no dejaban de alabar a su antiguo Egipto, el auténtico. Pero cuando llegó el momento de la revolución se les unieron docenas de grupos liberales de izquierdas, nacionalistas e islamistas, y este frente se fragmentó aún más tras la renuncia del dictador. Aswany, en cambio, se negó a admitir que el liberalismo revolucionario hubiera perdido gas. Afirmaba que la falta de apoyo se debía a que las agencias de seguridad limitaban su alcance popular. El autor tenía experiencia de primera mano con la policía de Mubarak y sabía hasta qué punto una estricta vigilancia podía obstaculizar el surgimiento de una oposición política, liberal o de otro tipo. Organizaba una tertulia semanal en un café del centro denominado muy apropiadamente Café Forum Cultural, que cerraron en el verano de 2008. Los responsables de la seguridad del Estado consideraban que las reuniones de novelistas y poetas de fama constituían una actividad subversiva al seguir un modelo revolucionario. Aswany señaló irónicamente: «La represión en Egipto ya no distingue entre manifestantes, personas que participan en sentadas... y la gente que está simplemente sentada en un café o durmiendo en casa».

Apenas puede sorprendernos que dedique toda una parte de su libro a criticar el estado policial de Mubarak. Después de todo sabía que: «Las agencias de seguridad egipcias son las que ostentan la autoridad y dicen la última palabra en todas las esferas y en cada detalle». Los artículos de esa parte del libro resultan especialmente conmovedores porque formula una gran avalancha de acusaciones en el marco de historias cortas. En una de ellas un agente de la seguridad estatal vuelve a casa con su esposa y su hija de diez años para descubrir que no puede lavar la sangre de sus manos por mucho que lo intenta, lo que le obliga a dejar su empleo. También es digna de mención una sátira inspirada en *Rebelión en la granja*, en la que describe a los antidisturbios como a un «ejército de perros». Formula asimismo importantes críticas a los agentes de seguridad por su piedad religiosa, algo a lo que ningún otro autor había prestado atención. Aswany escribe indignado sobre los «mataderos de seres humanos», comisarías de policía y centros de detención, equipados con salas para que los torturadores puedan rezar puntualmente sus oraciones. También reproduce una conversación muy poco plausible con un agente que lucía «la marca de la oración» en la frente. Ante la pregunta de Aswany de cómo cabe conciliar la tortura y la fe, le ladra: «Si estudia cuidadosamente su religión comprobará que no hace-

mos nada en el Departamento de Seguridad del Estado que vaya en contra de las enseñanzas del islam». Es un ejemplo más de esa errónea interpretación del islam de la que Aswany reniega en la parte final de su libro.

En su opinión, si el régimen autoritario y sus secuaces obstaculizan las ideas democráticas políticamente, los islamistas constituyen una amenaza existencial en términos culturales. Aunque proclama en diversos artículos el respeto a sus derechos políticos, Aswany ridiculiza su distorsionada lectura de la religión y defiende las interpretaciones más moderadas de época liberal, basadas en los fundamentos formulados por el reformista liberal Muhammad Abduh (1849-1905). Aswany alaba de nuevo el pasado, cuando «Egipto entendía el islam a su manera, de forma abierta y tolerante, compatible con la naturaleza civilizada de los egipcios». Denuncia que esta forma de entender la religión ha perdido terreno frente al credo wahabí, financiado con los petrodólares de Arabia Saudí y «otras comunidades nómadas del desierto que están muy por detrás de Egipto en cualquier campo de la actividad humana».

«Debemos volver a nuestras civilizadas ideas egipcias», insiste Aswany. Debemos impulsar un nuevo renacimiento de nuestro teatro, cine y literatura, mejorar la educación y fomentar los derechos de las mujeres. Debemos inspirarnos en la época en la que «la pionera Hoda Shaarawi se despojó del burka turco en una ceremonia pública, afirmando que la liberación del país era inseparable de la de las mujeres». O en aquella en la que el papa Cirilo V y otros líderes coptos participaron en la revolución de 1919 junto a los musulmanes. «Este es el espíritu de Egipto que debemos recobrar para lograr lo que queremos para nuestro país, lo que Egipto merece.»

Un par de años antes del levantamiento de enero de 2011, Aswany adquirió el hábito de terminar todos sus artículos con el axioma «la democracia es la solución»; un eslogan elegido deliberadamente para contraponerlo al de los Hermanos Musulmanes, que gritaban: «El islam es la solución». En opinión de Aswany, los islamistas no tenían nada que ofrecer en términos de democracia. «Elegid el libro sobre derecho islámico que queráis y no hallaréis en ellos ni una sola palabra sobre elecciones [...] muchos juristas de la historia del islam se han aliado con gobernantes despóticos [...] ignorando deliberadamente los derechos políticos de los musulmanes.» En un artículo Aswany llegaba a afirmar que «la democracia del islam primitivo desapareció rápidamente dando paso a largos siglos de despotismo». Más tarde desarrolló esta cuestión en otro artículo muy polémico, publicado justo después de la revuelta, en el que criticaba la supuesta Edad de Oro proclamada por sus rivales. El autor consideraba que el maravilloso pasado que agitaban ante los ojos de sus seguidores era mera ideología. Realizando algunos cálculos bastante dudosos, Aswany llegaba a la conclusión de que en la historia «real» del islam sólo hubo tres décadas de justicia, mientras que el resto de los catorce siglos de su vigencia estuvieron repletos de tiranía y degradación moral. Afirmaba que su punto de vista era una interpretación más honesta de la historia, pero lo cierto era

que se trataba de una interpretación tan superficial como la de sus adversarios. Los islamistas no hallaban nada malo en su historia, mientras que Aswany, que supuestamente hacía una lectura más moderada, hablaba de un tres por cien de historia aceptable y consideraba prescindible el resto. Sin embargo, lo que estaba en juego no era una exactitud histórica, de la que ambas versiones carecían, sino la lucha por saber en qué tipo de pasado habría de inspirarse el futuro.

¿Ha ejercido mucha influencia la visión del pasado de Egipto de Aswany? Habrá quien diga que sí, sobre todo teniendo en cuenta que su obra ha inspirado (o al menos ha coincidido con) una gran campaña cultural para rehabilitar la gloriosa época liberal egipcia. Pensemos, por ejemplo, en las treinta horas de duración de la popular serie de televisión, *Rey Faruk*, emitida en 2008, que aireaba el lado más humano del último monarca el país, convirtiéndolo en un patriota superado por fuerzas siniestras. Pensemos asimismo en Khalid Galal, el ganador de un premio por la obra *Qahwa Saada* (*Café solo*), que se representó asimismo en 2008 y era un cántico a los valores de épocas pasadas. En otras palabras, el intento de revivir tiempos pasados ya no era la odisea de una única persona. Por otro lado, aunque en 2011 *Foreign Policy* afirmara que Aswany era uno de los pensadores más influyentes, hay quien dice que está perdiendo su ascendiente sobre la población de su país. Las múltiples escenas eróticas de su segunda novela, sobre todo una en la que un padre contempla a su hija practicar sexo oral, molestaron a muchos conservadores egipcios. Aswany afirmó que su intención había sido sacarles de su recato. Pero lo realmente importante es que parece haber dejado de lado su herramienta más fundamental: la literatura.

En plena cincuentena, Aswany ha escrito hasta ahora dos novelas y una colección de relatos cortos, lo que no apunta a que vaya a ser ese segundo Naguib Mahfuz que todo el mundo veía en él. El galardonado con el premio Nobel publicó al menos una novela al año durante treinta años. La mayoría fueron éxitos de ventas y se hicieron adaptaciones cinematográficas muy populares. Mahfuz ha sido un icono cultural porque dio forma al pasado de los egipcios. En cambio Aswany, el hábil escritor de relatos, parece haber dado paso al Aswany febril comentarista político. La literatura contribuyó a llevar su mensaje hasta la gran audiencia, mientras que sus «crudas» columnas políticas y sus sardónicas intervenciones en tertulias le han encasillado en el papel de disidente pasional, lo que le resta claramente autoridad. Las recientes elecciones celebradas en Egipto, las primeras elecciones libres en décadas, han dejado muy claro qué tipo de pasado añoran los egipcios. Y no es precisamente la *belle époque* de Aswany.